

**iBAJO
ATAQUE!**

¡BAJO ATAQUE!

Cheryl Crouch



Casa Nazarena de Publicaciones

Publicado por:
Casa Nazarena de Publicaciones
17001 Prairie Star Parkway
Lenexa, KS 66220 EUA

Teléfono 913-577-0500

Correo electrónico: informacion@editorialcnp.com

Página en Internet: www.editorialcnp.com

Título original en inglés:
Under Attack!
By: Cheryl Crouch
Copyright © 2009
Publicado por Beacon Hill Press of Kansas City
A division of Nazarene Publishing House
Kansas City, Missouri 64109 USA.

This edition published by arrangement
With Nazarene Publishing House
All Rights reserved

Publicado en español con permiso de
Nazarene Publishing House de Kansas City, Missouri 64109 USA.
Copyright © 2010
Todos los derechos reservados.

ISBN 978-1-56344-654-2

Traducción: Carina Carter
Diseño de portada: Darlene Filley
Diseño interior: Natanael Picavea

Categoría: Misiones

Los hechos fundamentales en esta historia sobre la Rvda. Kim Singson, la única superintendente distrital mujer en India, son verdícos.

Excepto donde se indica, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la Biblia Nueva Versión Internacional®, 1999 de Sociedad Bíblica Internacional.

Excepto para breves citas, ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio sin la previa autorización escrita de la editorial.

Impreso en

Dedicación

Un agradecimiento especial a la Rvda. Kim Singson, por compartir la historia de su vida! Ella se ha convertido en un heroína para mí. Tengo el placer de darle la oportunidad de conocer acerca de esta sorprendente mujer de Dios.

Contenido

1.	Sana a mis padres	9
2.	El primer milagro de Kim	13
3.	Eligiendo confiar	18
4.	Una pregunta importante	24
5.	Un nuevo comienzo	29
6.	Nuevas aventuras	33
7.	Nuevos lugares	38
8.	Siguiendo a los ángeles	41
9.	Rodeada	44
10.	Amar a nuestros enemigos	50



Sana a mis padres

“Dios, por favor haz que mis padres se recuperen”, oraba Kim. Las lágrimas caían sobre sus mejillas. “¡No quiero que ellos mueran!”

Kim secó sus lágrimas mientras se ponía de pie. Muchas veces había estado arrodillada en el piso de bambú, al lado de su cama orando. Pero hoy ella se sintió diferente. Por primera vez en largo tiempo, Kim se sintió esperanzada. “Este puede ser el día en que Dios responda mis oraciones”, pensó, mientras caminaba hacia la habitación de sus padres.

Puede ser que hoy su padre se levante de la cama y la alcance con sus brazos nuevamente fuertes. Luego la alce hacia el techo, mientras Kim grite felizmente. Y puede ser que hoy su madre abra sus ojos y se siente, sonriendo con su brillante sonrisa. Sonreiría y diría, “Kim, eres muy grande para esos juegos”. Pensar en eso, trajo al rostro de Kim una sonrisa similar a la de su madre.

Más tarde sus padres se irían a los campos a trabajar. Traerían las cosechas que alimentarían a muchas personas en la aldea. Mientras trabajaban, Kim se quedaría con su abuelo y hermanos menores en el acogedor hogar que compartían. Estudiaría con su abuelo y escucharía sus historias y canciones.

Cuando el sol se ponga, Kim podría escuchar las voces de sus padres mientras se acercaban a la casa. Correría a saludarlos después de su largo día

de trabajo. Les ofrecería sopa caliente y arroz con carne adobada preparada por ella. Hablarían y orarían juntos antes de irse a dormir.

Luego, Kim se levantaría de su cama para agradecerle a Dios por el milagro de la salud de sus padres. Su vida sería nuevamente pacífica y llena de felicidad, como era antes de que esta terrible enfermedad les robara su energía.

Kim supo que Dios respondería a sus oraciones. ¡Él sanaría a sus padres! ¡Él lo haría! Una esperanzada sonrisa empezó emocionadamente a dibujarse en su boca. Dio un profundo suspiro y se paró frente a la habitación de sus padres.

La sonrisa desapareció y Kim mordió sus labios de la desilusión. No había cambio. Su madre y padre estaban sin movimiento, tal como han estado por meses. Su madre no le ofreció una sonrisa de bienvenida. Su padre no abrió sus brazos para abrazarla.

Repentinamente, el dolor fue muy grande para quedarse. Tuvo que irse de la silenciosa habitación. Kim se volteó y corrió. Pero corrió abriéndose paso entre su abuelo, quien se tambaleó del golpe.

“Abuelo ¡no te vi!”, dijo Kim. Se sentía avergonzada.

Su abuelo extendió gentilmente la mano para secar sus lágrimas, que fluían rápidamente. “Por supuesto que no podías ver. Tus ojos son como ríos”. La tomó en sus brazos y preguntó, ¿cuál es tu prisa, pequeña Kim? ¿Se acabó la medicina de tus padres?

“¡Medicina!”, exclamó Kim. Ella trató de hablar suavemente para que sus hermanos no pudieran escuchar. Pero no podría detener el torrente de palabras de enojo. “¿Y qué si se acabó? ¿Por qué obtener más? Les he dado la medicina cada día, pero no les hace bien. ¡No pueden levantarse de la cama!”



El abuelo dio un profundo suspiro. “Kim, me temo que estás en lo correcto. Es tiempo de enfrentar la realidad. Esta medicina nunca pondrá bien a tus padres. Nuestra única esperanza es un milagro de Dios”.

“¿Dios?”, preguntó Kim. “¡Le he orado cada día, abuelo! Yo creí con todo mi corazón que Él sanaría a mis padres. Pero mira a mi madre y a mi padre. ¡Míralos! ¿Han hecho alguna diferencia mis oraciones?”

Kim no podía decir sus miedos más profundos en voz alta. Pero en su corazón, gritó, “¿Y qué si Dios no es real? O ¿Qué si Dios es real, pero no le importan mis oraciones?”

2

El primer milagro de Kim

“Vamos a caminar”, dijo el abuelo.

Kim asintió con la cabeza. Se detuvo en la cocina para cargar a su hermanito bebé. Lo colocó en el medio de un manto grande que ella usaba para cargarlo en la espalda. Era pesado, pero ella estaba acostumbrada a su peso. Ella lo llevaba a casi cualquier lugar al que iba. Y como lo llevaba en su espalda, no interfería en su trabajo.

Kim terminó de atar el manto a través de su pecho. Luego siguió a su abuelo hacia la calle. Él la sujetó con su vieja y arrugada mano y ella deslizó su pequeña mano en la de él. Kim estaba avergonzada por las palabras que había dicho, y tenía miedo de sus dudas secretas.

“Abuelo, perdón por lo que dije sobre Dios. Yo no tendría que haber hablado de esa manera, especialmente a ti. Yo sé lo que sientes por Dios. Tú siempre le has creído”.

El abuelo la miró sorprendido. “No, pequeña Kim, estás equivocada. Yo era un hombre viejo cuando conocí de Dios”.

Eso hizo que Kim se sorprendiera. “¿Qué? ¡Toda mi vida tú has hablado de Dios! Lees la Biblia cada día y cantas himnos mientras trabajas. Parece como si tú siempre hubieras sido cristiano”.

El abuelo sonrió. “En realidad, pequeña, tú fuiste la que me trajo a Dios”.

“¿Yo? ¿Cómo podría haber hecho eso?”, preguntó Kim. “Yo sólo tengo 10 años. Yo aprendo de Dios por ti”.

“¿Te gustaría oír la historia?”, preguntó el abuelo.

Kim siempre amó las historias del abuelo. Pero una historia sobre ella y ¿cómo lo guió a Dios? Ella apenas podía esperar.

“¡Sí, abuelo! ¡Por favor cuéntame la historia!”.

El abuelo la llevó hacia un árbol caído que hacia una banca natural al lado del camino. Otro árbol que estaba cerca, le daba sombra al lugar. El aire fresco le cayó bien a Kim, mientras se sentaba al lado de su abuelo sobre el árbol caído.

“Tu vida es un milagro, mi pequeña Kim”, empezó el abuelo. “Dios trabajó a través de ti para cambiar mi vida cuando eras sólo una bebé recién nacida”.

“¿Cómo?”, preguntó Kim.

“Bueno, tú sabes que tu abuela y yo vivíamos con tus padres”.

Kim asintió. Ella había escuchado que en algunos lugares, cuando las parejas se casaban, ellos se mudaban a su propia casa, en vez de quedarse con sus padres. ¡Ella no podía imaginárselo! Por lo menos en India, el hijo mayor se queda con sus padres después de casarse. De esa manera, él cuidaría de ellos cuando estén ancianos y necesiten ayuda. Y los abuelos cuidarían de los niños pequeños, mientras sus padres trabajan.

“Me gusta vivir contigo, abuelo”, dijo Kim.

“Y a mí me gusta vivir contigo, pequeña Kim”, palmeó su rodilla y sonrió. “Este ha sido un buen descanso. Creo que es mejor que vayamos a casa. Es casi hora de cenar”.

“¡Pero abuelo!, todavía no me has contado la historia”.

Los ojos del abuelo pestañearon. “¿Qué historia? ¿Te estaba contando una historia?”

Kim cruzó los brazos pretendiendo estar enojada. Ella nunca estaba segura si su abuelo la estaba molestando, o si era tan viejo que se olvidaba de las cosas. Así que sonrió un poco y dijo, “prometiste decirme cómo te traje a Dios”.

“Ah, esa historia. Bueno, ¿dónde estaba?”

“Todavía no habías empezado”.

“Entonces ¿qué estuve diciendo todo este tiempo?”, preguntó el abuelo, rascándose la cabeza.

“¡Por favor, abuelo!”

Él sonrió otra vez. “Está bien, empezaré por el principio. Tu abuela y yo estábamos ayudando a tener todo listo para tu nacimiento. ¡Que tiempo emocionante! Tú eras la primera nieta”.

Kim movió su cabeza afirmativamente. Como la mayor de la familia, ella tuvo grandes responsabilidades. Tomó su papel muy seriamente.

“Ese era un tiempo importante para tu abuela y para mí. Sería nuestro trabajo criarte”, dijo el abuelo con voz seria. “Nos quedaríamos en casa contigo, mientras tus padres trabajaban en los campos de arroz”.

Kim pensó sobre cuán bendecida había sido de ser criada por sus maravillosos abuelos.

“Al fin el gran día llegó”, continuó el abuelo. “Lucías suficientemente saludable cuando naciste, pero llorabas día y noche”.

El abuelo hizo una pausa y luego agregó, “lloraste durante siete días. Fueron los siete días más largos de mi vida. Nada te consolaba. Tu abuela y yo estábamos molestos. Sabíamos que algo estaba terriblemente mal, pero no sabíamos qué hacer. Teníamos miedo de que murieras. ¡Como deseamos un doctor!”

Por un momento, el corazón de Kim se cargo. Nunca hubo un doctor en su aldea. Si hubiera un doctor cerca, talvez sus padres obtendrían la ayuda necesaria. Entonces volverían a estar bien.

“¿Qué hicieron?”, preguntó Kim.

El abuelo sonrió. “Estábamos desesperados. Hicimos algo que nunca hubiésemos hecho si no hubiéramos temido por tu vida. Oramos al Dios de los cristianos”.

“Pero si tú nunca le oraste a Dios antes, ¿quién te dijo que oraras? ¿Quién te dijo que le creyeras?”, preguntó Kim.

“Tu abuela y yo éramos animistas”, contestó el abuelo. “¿Sabes lo que eso significa?”

Kim dijo que sí. “Mi amiga, Amoda, es animista. Ella cree que las cosas como las rocas, plantas, animales y árboles tienen espíritu”. Kim se detuvo y sus cejas se juntaron. “Abuelo, si tú pensabas que había espíritus en estas cosas, entonces ¿por qué no oraste a ellos por ayuda?”

“Los espíritus no quisieron ayudarnos, Kim. Vivíamos con miedo, porque nunca sabíamos cuando enfadaríamos a un espíritu. Algo tan simple como mover una roca al lugar equivocado, podía hacer que el espíritu se enojara”, explicó el abuelo.

“Sí”, dijo Kim. “He oído hablar a Amoda sobre eso. ¡Que manera tan asustadiza de vivir!”

“Sí, lo es”, dijo el abuelo. “Tu amiga y muchos otros, todavía viven temiendo a los espíritus. Eso hace difícil sus vidas.

Enseguida Kim dijo, “¡ellos necesitan oír sobre Dios, abuelo!”

“Correcto. Nosotros necesitamos hacer todo lo que podamos para difundir las buenas nuevas sobre

Jesús. Tu abuela y yo estábamos agradecidos cuando oímos sobre Él”.

“¿Quién te habló de Él?”

“Tus padres. Ellos nos dijeron que Dios no era como los espíritus que temíamos y que Él amaba a las personas y quería ayudarlas”.

“Correcto”, dijo Kim.

“Decidimos ver si era cierto”, continuó el abuelo. “Oramos a Dios y le pedimos que salvara tu vida. Dijimos que si te sanaba, sabríamos que Él era el Dios vivo. Prometimos que le adoraríamos a Él y solamente a Él, por el resto de nuestras vidas”.

Kim aguantó la respiración. “¿Y, qué paso luego?”

“Dios contestó nuestras oraciones. ¡Fue un milagro!” Alejados de Él todos nuestros esfuerzos hubieran sido en vano. Tú paraste de llorar y creciste fuerte y saludable”.

El abuelo la miró a los ojos. Ella pensó en lo sorprendido que lucía al estar viendo a una joven dama, en lugar de una bebé.

“¡Cómo has crecido!” , exclamó el abuelo.

Kim se sonrojó bajo la mirada orgullosa de su abuelo.

“Ahora sabes cómo empezó mi fe. Yo nací de nuevo cuando tú naciste, Kim”. El abuelo puso sus brazos alrededor de ella. “Él salvó tu vida y salvó mi alma, y la de tu abuela también. Nunca olvidaré el gozo de haber sido libertado del miedo. Es sorprendente saber que el Dios que creó el mundo entero ¡me ama! Y nunca olvidaré cómo Él te sanó. Por eso sé que Dios puede sanar a tus padres”.

Eligiendo confiar

Kim admiraba la fe de su abuelo, pero todavía tenía preguntas.

“Si Dios puede sanar a mis padres, entonces ¿por qué no lo ha hecho?”, preguntó. “No entiendo. ¡Hemos orado por mucho tiempo!”

“Kim, ¿realmente quieres un Dios que puedas entender?, preguntó el abuelo. “A mi me alegra que Dios sea más sabio y poderoso que yo. La Biblia dice que sus caminos son más grandes que los míos. Sus pensamientos son más grandes que mis pensamientos. Si yo verdaderamente confío en Él, significa que voy a aceptar lo que Él haga en mi vida”.

Kim sintió que las lágrimas empezaban a salir nuevamente. “Abuelo, quieres decir que si...” Ella no pudo decir las palabras.

El abuelo suspiró. “Tener fe es creer en Dios, aún si Él elige no sanarlos. Yo le oré para que sanara a tu abuela, Kim. Mi fe fue mucho más fuerte de lo que era, cuando tú naciste”.

Kim tragó saliva. Recordó cuando tenía siete años. Su abuela estuvo mucho tiempo enferma en la cama, así como sus padres estaban ahora. Kim extrañaba ver a su abuela cocinando y limpiando, así como oír su risa ligera y dulce voz. Aunque frecuentemente ella se sentaba al lado de la cama para hablar de lo sucedido en el día,

no era lo mismo. Así que ella estaba ansiosa, esperando a que se recuperara.

Pero su abuela no se recuperó.

Kim pensó en lo triste que estuvieron todos después de que la abuela murió. Ella corría para mostrarle cosas a la abuela, sólo para recordar que se había ido. Ese había sido un tiempo difícil para Kim y ahora se daba cuenta, que debió haber sido mucho más difícil para su abuelo. “¿Por qué Dios permitió que ella muriera?”, preguntó.

El abuelo sacudió la cabeza. “No puedo responder eso. Pero sé que la misma fe que me permitió saber que Dios podía sanarla, me fortaleció después de la pérdida”.

“No creo que me guste esa clase de fe”, murmuró Kim. “Me gusta más la que sana”.

“Kim, poco después de que fuiste sanada, te llevamos a la iglesia y te dedicamos al servicio del Señor. Nosotros pensamos que si tú pudiste guiar a dos personas a Cristo, antes de que tuvieras dos semanas de edad, ¡Dios debía tener grandes planes para ti!”

¿Grandes planes? ¿Para mí? Kim se preguntó por qué Dios se molestaría. Ella sólo era una niña común y corriente. ¡Una niña! Muchas niñas de su edad ni siquiera habían sido motivadas a estudiar. ¿Para qué les serviría? Ellas crecerían, se casarían y cuidarían de la casa, si tenían suerte.

Pero el abuelo de Kim siempre se preocupó de que ella tuviera buenos libros para leer, la ayudaba con sus estudios y la motivaba a que usara lo que él llamaba su agudeza mental. ¿Eso era? ¿Él realmente creía que Dios deseaba usarla en forma especial?

Sin embargo, puede ser que el abuelo pudiera

ver cuan equivocado estaba. A Dios no le importaba lo suficiente para responder las oraciones por sus padres. Dios pudo haberla sanado cuando era bebé, pero un tiempo después se olvidó de ella.

Y como si el abuelo supiera lo que ella estaba pensando, le dijo: “Todavía lo creo, Kim. Dios tiene un plan especial y maravilloso para ti. Él te ama, pero no quiere obligarte a que creas en Él. Tú tienes que invitarlo a que entre en tu vida”.

Kim vio inquietud en sus ojos. “Abuelo, yo ya le pedí a Jesús que quitara mis pecados”, le aseguró. “Se lo pedí el año pasado cuando tenía nueve años”. Ella recordó que se arrodilló al lado de su cama e hizo la oración.

El abuelo le preguntó, “¿eso es todo lo que le permitirás a Dios que haga por ti? ¿Qué quite tus pecados?”

Kim sacudió su cabeza. “No, yo le prometí a Dios que lo seguiría toda mi vida”.

El abuelo preguntó, “¿sin importar qué?”

Kim tragó saliva y pensó por un momento en que cuando hizo aquella oración a los nueve años, estuvo segura de su compromiso. Luego su vida había estado tranquila, ordenada y llena de gozo. Aparte de la muerte de su abuela, ella pasó por pequeños dolores y sufrimientos. No podía haber imaginado lo que el siguiente año le tenía preparado. ¿Qué hay de ahora? ¿Podría hacer la misma oración hoy?

Kim no supo. ¿Prometería seguir a Dios si Él no sanara a sus padres? ¿Confiaría en un Dios que la dejaría huérfana, responsable del cuidado de sus hermanos y hermanas?

Incapaz de responder, Kim se paró y se volteó hacia la casa.

“Estabas en lo correcto, abuelo”, dijo. “Es tiempo de regresar”.



Pocos días después, nada había cambiado en los padres de Kim.

Pero algo había cambiado dentro de Kim. Ella estuvo batallando día y noche con la pregunta del abuelo. Ella cocinó, limpió y estudió. Pero no importaba cuán ocupadas tuviera sus manos y mente, ella seguía pensando en la pregunta del abuelo: “¿Sin importar qué?”

Ella sintió que el abuelo estaba en lo correcto. Una fe que le pone límites a Dios no es verdadera fe después de todo. No podía estar contenta con decir que Jesús le había quitado sus pecados. Estaba en una encrucijada. Debía aceptar la voluntad de Dios, sin importar qué incluía, o darle la espalda a Él y hacer su propio camino.

Al fin, supo la respuesta.

Kim se arrodilló al lado de su cama e hizo una nueva oración. “Dios, te amo. Sé que tú me amas. Sabes lo que es mejor para mí, Dios”. Se detuvo para llorar. “Y tú sabes qué es lo mejor para mis padres. Yo sé que tú puedes sanarlos. Pero aún si no lo haces, yo nunca estaré sola. Yo siempre seré tu hija. Elijo confiar en ti Dios, no importa lo que sea”.

Kim sintió que una paz fluía sobre ella. Todavía arrodillada a la par de su cama, apoyó su cabeza en sus brazos y lloró tranquilamente, feliz por el alivio que sintió al desahogarse.

Después de unos minutos, ella sintió una mano en su cabeza. Ella volteó a ver y dijo, “abuelo, finalmente...” Las palabras se le atoraron en la garganta.



La cara que vio Kim detrás de ella no fue la de su viejo abuelo con arrugas. Fue la bella cara sonriente de la mujer que más amaba en el mundo.

“¡Madre!”, gritó. Ella se lanzó con los brazos abiertos. Su madre, alta y fuerte, parada cerca para un tibio abrazo. “¡Ay, madre!”, suspiró Kim. “¡Madre estás bien! ¡Dios te sanó!”

“Sí, hija”, respondió su madre. “Es un milagro”.

“¿Yo también tendré un abrazo?”, preguntó una voz grave.

Parado en la puerta de la entrada estaba el padre de Kim. Ella corrió hacia él. Él la tomó en sus brazos. Kim lloró de felicidad. Cuando su padre la bajó, los tres se abrazaron felices.

“Gracias, Dios”, susurró Kim. “Gracias por devolverme a mis padres. Y gracias por permitirme esperar. Ahora sé que puedo confiar en ti, sin importar lo que enfrente”.

Una pregunta importante

A través de los años, Kim, se arrodilló, llena de fe, al lado de su cama para orar. Ella oró por sus estudios, sus amigos, su abuelo, sus padres y por sus hermanos y hermanas. Ella oró por cada situación difícil que enfrentó. Y le agradeció a Dios por su bendición.

Como Kim crecía, ella hizo dos nuevas oraciones: “Dios, te pido que me muestres cómo puedo usar mis talentos para darte gloria a ti. Y por favor, Dios, dame un esposo”, susurró. “Permite que sea un hombre bueno, amoroso y que quiera servirte”.



“¿Irás a la reunión de oración esta noche?”, preguntó Meme, la amiga de Kim.

Kim cambió su bolsa de las compras para su otra mano. La bolsa de las compras siempre la sintió más pesada al acercarse a la casa. “¿Reunión de oración?”, preguntó. “¿Qué reunión de oración?”

“¿No has oído? T.S. está iniciando una. Nos reuniremos el primer viernes de cada mes”, respondió Meme.

Kim interrumpió. “¿T.S.? He oído ese nombre. Él fundó la Sociedad de Jóvenes de Oración, ¿cierto?”

“¡Ay Kim! No pretendas no conocer quién es T.S.”, dijo Meme. “Él es el único joven bien parecido de nuestra iglesia”.

“¿Tú crees?”, preguntó Kim, sorprendida por la manera en que su corazón empezó a acelerarse.

“¿Dónde has estado escondida? ¡Todos piensan eso!”, respondió Meme con una sonrisa. “Pero todos también han notado algo más. T.S. sólo tiene ojos para una joven especial”.

De repente, Kim sintió pesados sus pies y su corazón. “Sí, estoy segura de que alguien como T.S. puede elegir. ¿En quién estará interesado? Probablemente en Hoinu. Su nombre significa belleza y ella lo es”.

Kim trenzaba su cabello cortado a la altura de los hombros, su madre siempre le añadió brillo. Pero su trenza no era tan grande y gruesa como la de Hoinu. Kim frecuentemente se sentaba detrás de su bello y pronunciado cabello durante las clases.

La voz de Meme interrumpió sus pensamientos. “No, no Hoinu”.

Kim estuvo segura que su sorpresa fue notoria. Ella pensó que a todos los jóvenes les gustaba Hoinu. Por supuesto, T.S. no era como todos los otros jóvenes. A él le gustaba estudiar y era muy inteligente.

¡Por supuesto!”, dijo Kim. “A él probablemente le guste Anem. ¡Ella es muy inteligente!”

Las buenas calificaciones parecía que le venían naturalmente a Anem. Puede ser que fuera ella porque era dos años más grande que todos los demás en su grado. Kim tuvo que trabajar duro para batir las marcas de Anem en los exámenes.

Meme sacudió su cabeza. “No, no Anem. La joven que T.S. siempre mira es bella e inteligente. Pero creo que él está más atraído por el amor que ella le tiene a Dios”.

“Correcto”, asintió Kim. “T.S. necesita una buena esposa con la que pueda servir. Estoy segura que juntos, llevarán a cabo muchas cosas para el reino de Dios”.

Meme se detuvo y puso sus manos en su espalda. “Kim, ¿estás bromeando? ¿Realmente no sabes?”

“¿Saber qué?”

“Lo que todos claramente puede ver”, empujó juguetonamente Meme a Kim. “T.S. se ilumina como un foco cuando tú entras al salón, imi amiga!”

El corazón de Kim empezó a acelerarse otra vez. “¿Yo?”, preguntó. ¿Por qué un hombre tan bueno, guapo y brillante, se fijaría en ella? Pero si todos lo creían, entonces puede ser que sea cierto.

“Creo que te veré en la reunión de oración esta noche”, dijo Kim con una repentina sonrisa.

“Ya lo creo”, dijo Meme con una sonrisa. “¡Y sé por qué estarás orando!”

T.S. Singson y Kim llegaron a conocerse mejor el uno al otro, durante las reuniones de oración de los viernes por la noche. Kim admiraba el amor del joven muchacho por Dios y sus habilidades de liderazgo. Dios había bendecido a T.S. con muchas habilidades. Siempre buscaba alguna forma en la cual poder servirle. De lo mucho que llegó a conocer de T.S., eso era lo que más le gustaba de él.

Kim también tuvo razón en creer que Meme y otros estuvieron en lo correcto sobre los sentimientos de él por ella. Ella sorprendió a T.S. sonriéndole más de una vez y él frecuentemente le pedía su opinión sobre diferentes asuntos. Él sonreía con sus bromas y escuchaba cuidadosamente cada vez que ella hablaba.

Sin embargo, Kim continuó orándole a Dios para que la guiara. No importaba lo que ella sintiera por T.S., ella quería la voluntad de Dios para su futuro trabajo y esposo.

Una noche, después de una reunión de oración, Kim estuvo felizmente sorprendida cuando T.S. se le acercó y le preguntó. “Kim, ¿puedo acompañarte a tu casa?”

Kim se sonrojó. “Sí, me gustaría”, respondió ella.

“Bien”, dijo él. “Hay una pregunta importante que quiero hacerte”.

Kim se sorprendió, “¿me pedirá que me case con él?”, si así era, ella sabía que su respuesta sería “sí”.

Meme apretó la mano de Kim y le guiñó el ojo, luego rápidamente se fue. Kim apreció la consideración de su amiga, pues Meme usualmente caminaba con ella hacia la casa.

Afuera, la luna brillaba sobre Kim y T.S., mientras caminaban juntos. T.S. habló sobre la reunión de oración de las noches, sus sueños para el grupo y la manera en que Dios parecía estar trabajando en las vidas de los jóvenes.

Kim tuvo miedo de que él hubiera olvidado la pregunta importante que quería hacerle. Todavía así, ella disfrutó estar con él. Ella amaba que sus planes y sentimientos fueran como los de ella. “Haremos una pareja perfecta”, pensó.

Estaban llegando a la casa, cuando T.S. dijo: “Kim, tú sabes que recientemente fui nombrado director de la escuela cristiana aquí en nuestro pueblo”.

Kim le respondió que sí. “¡Felicitaciones! Que honor”.

“Eso también es una gran responsabilidad”, dijo T.S. “Pero ahora que tengo el trabajo, quiero

preguntarte si tú considerarías...” T.S. se detuvo por un instante.

Kim sintió que tenía el corazón en la garganta. ¡Le pediría que se casara con él!

“¿Considerarías llegar a ser profesora en la escuela?”, continuó T.S.

“¡Sí!”, respondió ella. “Me encantaría... ¿Qué? ¿Dijiste algo sobre enseñar?”.

T.S. lucía confundido. “Ah, sí, lo dije. ¿Qué pensaste que yo...?”

“Estaría complacida de enseñar en la escuela cristiana”, interrumpió Kim. Ella esperaba que él no pudiera haber visto la vergüenza en su rostro. “¿Cuándo empiezo?”

5

Un nuevo comienzo

“Por lo menos, Dios respondió una de mis oraciones”, pensó Kim pocas semanas después, mientras se vestía para ir a trabajar. “Enseñar en la escuela cristiana es una gran manera para mí de hacer la diferencia. Disfruto a los estudiantes y a ellos parece gustarle estar en mi clase”.

Kim se miró en el espejo una última vez. Quedaban pocos rasgos de la niña que su abuelo llamaba “Pequeña Kim”. Se había convertido en una joven mujer. Una profesora. Pero, ¿llegaría a convertirse en esposa?

T.S. solamente le había hablado unas pocas veces sobre asuntos urgentes de trabajo. Ella estaba segura que él era el hombre para ella. Pero allí, enseñando en la escuela, había muchas mujeres bonitas, inteligentes y buenas. ¿Por qué T.S. la escogería a ella?

Ella se encontró en otra encrucijada, confiarle a Dios su futuro. Ella quería casarse, tener hijos y servir a Dios en pareja. Pero ella no podía imaginar esos sueños hechos realidad con cualquier otro que no fuera T.S.

Kim miró el reloj. Si ella no se iba pronto, llegaría tarde a su clase. Su corazón le dijo que necesitaba hablar con Dios y decirle lo que sentía. Ella cayó de rodillas al lado de su cama y oró, “Dios, tú me conoces. Tú me formaste. Tú colocaste este deseo en mí, de servirte y construir tu Reino. Ayúdame a confiar en ti, Dios. Te serviré, aún si debo hacerlo sola”.

“Pero no estaré sola ¿o sí, Padre?” , sonrió Kim. “Aún si nunca me caso, tú estarás siempre conmigo, yo siempre seré tu hija”.

Kim se puso de pie y recogió algunas cosas para la escuela. Abrió la puerta con una sonrisa brillante en su cara y paz en su corazón. “Yo elijo confiar en ti, Dios. No importa lo que sea”, dijo en voz alta.



Al final del día, Kim apiló ordenadamente sus libros sobre el escritorio y borró el pizarrón. Ella esperaba una tarde tranquila. Apenas podía esperar para acurrucarse bajo una manta con una taza de té y leer su nuevo libro. Mientras caminaba por el vestíbulo, vio a T.S. que venía cruzando en la esquina.

“¡Kim! ¿Cómo te fue hoy?” , le preguntó, con una sonrisa que le iluminó el rostro.

“Bien”, respondió ella. “Gracias por preguntar”.

“Lo siento, no lo pregunto frecuentemente”, dijo T.S.

“Dirigir la escuela toma más tiempo y energía de lo que yo imaginaba”.

“Estoy segura que es agobiante”, respondió Kim.

“Pero estás haciendo un buen trabajo”.

“¿Realmente lo crees?” , preguntó él.

“Sí. Eres un excelente líder. Dios te ha dado dones especiales. Es un gozo ver como los usas para construir el reino de Dios”.

Kim le hizo una mueca a T.S. antes de caminar hacia afuera. Ella esperaba que él volviera a su oficina. En vez de eso, la siguió hacia afuera a la brillante luz del sol.

“Gracias Kim”, dijo. “Significa mucho para mí oír que tú piensas eso. Pero algunas veces pienso



que yo podría ser más efectivo”. Él se detuvo. Kim se sorprendió que este asombroso hombre pensara que podría hacerlo mejor. Él se sonrojó y continuó. “Creo que yo podría ser más efectivo si tuviera una pareja. Alguien con quien compartir mi ministerio y mi vida”.

Kim sintió que su cara se sonrojaba. ¡Parecía como si T.S. hubiera escuchado sus oraciones! Sus pensamientos eran muy parecidos a los de ella.

“Yo sé que ambos estamos muy ocupados”, continuó T.S., “pero me gustaría pasar más tiempo contigo, Kim. Siento en mi corazón que tú eres la mujer que Dios ha escogido para mí”. Él nerviosamente estiró el cuello de su camisa.

Kim estaba sorprendida de ver al seguro T.S. tan inseguro de sí mismo. Luego ella se dio cuenta por qué. Aún no le había ofrecido una respuesta o palabras de aliento a este joven hombre que acababa de derramar su corazón. Ella sólo se quedó allí parada, viéndolo fijamente.

Kim pestañó y brotaron lágrimas de gozo, finalmente tartamudeó, “a mi también me gustaría eso”.

Seis meses más tarde, ella estaba al lado de T.S. en un altar. Ellos prometieron amarse el uno al otro y a Dios. Ellos comenzaron el compañerismo que ambos habían soñado.

Lo que ellos nunca soñaron, y probablemente no habrían creído de haberlo hecho, era lo lejos que su matrimonio los llevaría.

Nuevas aventuras

Desde el principio, T.S. y Kim sirvieron a Dios juntos en muchos proyectos. Después de enseñar en la escuela cristiana, ellos pastorearon juntos algunas iglesias.

Dios los bendijo con una hija y dos hijos. Luego cuidaron a su sobrina huérfana. Entre el trabajo de la iglesia y las responsabilidades de la familia, siempre tenían mucho que hacer. Pero T.S. y Kim querían hacer todo lo que pudieran para llevar a otros al reino de Dios.

Una noche después de la cena, Kim se sentó en su escritorio a leer un libro de estudio bíblico. Eso le facilitó entender la Biblia. Ella miró a T.S. que estaba estudiando otro libro sobre la Biblia. No quería interrumpirlo, así que esperó hasta que él la miró.

“¿Qué estás pensando?”, preguntó T.S. sonriendo.

“Es una bendición tener estos libros para estudiar y ayudarnos a comprender la Biblia”, dijo Kim. “Desearía que nuestra gente pudiera leer alguno de estos libros”.

“Cierto”, dijo T.S. “Pero estos libros no están escritos en su idioma. De la única manera que ellos podrían leerlos, es si...” Toda su cara repentinamente se iluminó.

“¿T.S.?”, pregunto Kim. “¿Por qué me estás mirando de esa manera? ¿Qué idea tienes ahora?”

“¡Nosotros podríamos traducir libros, Kim!”, exclamó.

Kim sonrió. “Correcto. Entre cocinar, limpiar, visitar, predicar y...”

“Tú lo dices por tí”, interrumpió T.S. “¡Pienso de cuanta bendición podrían ser los libros! Pastores y maestros de Escuela Dominical podrían estudiar la Biblia como nunca lo han hecho antes. Su predicación y enseñanza serían más efectivas y el Reino crecería”.

Kim notó su emoción. “¡Está bien, está bien!”, dijo con una sonrisa. “Contigo a mi lado y Dios guiándonos, nada parece imposible”. Ella tomó su mano fuertemente. “¿Cuál libro traduciríamos primero?”

* * *

“¿Cómo va la traducción?”, preguntó T.S. cuando entró en la habitación. Kim había prometido trabajar unas cuantas páginas, mientras él iba a la tienda.

“Va lenta”, respondió Kim, viéndolo desde el escritorio.

T.S. sonrió. Corrió su mano sobre los cuatro libros terminados que estaban en la librera. “¿Sorprendente, no?, lo que Dios nos ha ayudado a hacer es imaravilloso! Justo pasé por donde el pastor George y me dijo que estas traducciones le han ayudado mucho en sus predicaciones, y la semana pasada el pastor Abraham dijo que el estudio del libro de Efesios le ayudó a entender algunos pasajes difíciles”.

“¡Alabado sea Dios!”, respondió Kim. “Eso es justo lo que necesitaba oír para seguir adelante”. Ella se levantó para estirar su adolorida espalda. “Algunas veces creo que sería más fácil escribir los libros nosotros mismos!”

“¡Kim!”, exclamó T.S., su cara resplandeció.

Ella sacudió su cabeza. “T.S., ¿por qué me miras así? ¿No tienes otras grandes ideas? Nosotros no tenemos tiempo para...”



“¡Pero tú lo dices por ti!”, interrumpió él. “Escribir libros sería más fácil que traducirlos. ¿Recuerdas la semana pasada? Nosotros hablamos acerca de la necesidad de un libro sobre familias cristianas. Mucha gente alrededor nuestro, está luchando porque no comprenden el plan de Dios para sus hogares. ¡Escribamos un libro, Kim!”

Kim sintió que se había contagiado de la emoción de su esposo. “Yo creo que hemos aprendido una cosa o dos sobre estos años”, admitió.

En ese momento, su hija menor entró corriendo en la habitación con una sonrisa. Se escondió detrás del sillón, luego gritó cuando su hermano entró corriendo y la encontró. Él la persiguió hacia afuera otra vez y Kim y T.S. se reían al verlos.

“De acuerdo”, dijo Kim. “Escribamos un libro. Lo llamaremos La familia cristiana feliz”.

T.S. y Kim escribieron La familia cristiana feliz. También escribieron Responsabilidad de la juventud. Y continuaron traduciendo libros. Sumado a sus proyectos de escribir, ellos aconsejaron, enseñaron y predicaron. Por supuesto, ellos también cuidaron de su familia.

La vida fue divertida y puede ser que un poco loca. Luego T.S. decidió hacerla más loca.

“¿Qué piensas acerca de mudarnos a Manipur?”, preguntó un día T.S.

Kim consideró su proyecto de escribir. “¿En el noreste de India?”

“Sí”, contestó T.S. “No hay muchas iglesias establecidas allá”.

Kim asintió. “No hay muchos cristianos tampoco. De hecho, he oído que mucha gente en el área están en contra del cristianismo”.

Kim notó un brillo familiar en la cara de su esposo.

“¡Exactamente!” , dijo. “¿No te suena emocionante?”

“¿Emocionante?” , preguntó Kim.

“Sólo imaginanos llevando el evangelio a un área que está desesperada por las buenas nuevas. ¡La diferencia que podríamos hacer!”

Kim bajó su pluma y reclinó su cabeza en el respaldo de la silla. “Hay problemas allí. ¿Recuerdas las peleas de que leímos en el periódico? ¿Qué hay de las bombas y las armas? Tenemos niños en quien pensar ahora”.

T.S. tomó su mano. “Podemos confiar en que Dios nos cuida, Kim”.

Kim movió su cabeza asintiendo. “Yo lo sé”.

T.S. sonrió. “Además, tú misma lo dijiste...”

“Ay no, no esta vez”, interrumpió Kim.

“¿Qué?” , dijo T.S.

“Tú no estés enredando mis palabras, haciendo que tu loco plan suene como que fue mi idea”, sonrió Kim.

T.S. dijo: “¿Cuándo he hecho eso?”

Kim suspiró. “Ay, yo no sé. Las traducciones y los libros”.

“¡Pero esas fueron tus ideas! Y mira icuán buenas resultaron!” , exclamó T.S. “Por tu trabajo, la gente está estudiando, aprendiendo y ...”.

“Está bien, está bien”, dijo Kim sonriendo nerviosamente. “Sigue adelante y dime qué cosa brillante dije esta vez”.

“Tú dijiste que no hay muchos cristianos en Manipur y estás en lo correcto. Así que si no le hablamos a la gente sobre Jesús, ¿quién lo hará?”

Kim sintió que ella misma se contagió con su emoción. “¡Ay, T.S.!” Por supuesto, estás en lo correcto. Si piensas que Dios nos quiere en el noreste de India, entonces ¡vamos!”

7

Nuevos lugares

Pronto la familia Singson se estableció en Manipur. Ellos descubrieron que estaban en lo correcto, con relación al área. Hacia cualquier lugar que ellos miraran, miraban un pueblo que necesitaba una iglesia.

“¿Cómo haremos esto?”, preguntó Kim. “La necesidad es muy grande. ¿Por dónde empezamos?”

“Con una oración”, contestó T.S. “Y empezaremos orando por el pueblo más cercano a nosotros”.

Después de orar y ayunar, T.S. y Kim fueron a visitar el pueblo. Pero encontraron que ellos no estaban familiarizados con el idioma que la gente hablaba. Caminaron por las calles y escucharon las extrañas palabras que se hablaban alrededor de ellos. “Será difícil empezar una iglesia aquí si no podemos entender a la gente y ellos no nos pueden entender a nosotros”, dijo T.S.

“Entonces tendremos que aprender su idioma”, dijo Kim.

T.S. sonrió. “¿Nada es difícil para ti, no Kim?”

Ella tomó su mano y dijo: “No, contigo a mi lado y Dios guiándonos”.

Ellos aprendieron el idioma. Una vez que podían comunicarse con la gente del área, T.S. y Kim empezaron a invertir tiempo con los líderes locales. Ellos se reunían y les mostraban del amor de Cristo. Al menos los líderes apoyaron su deseo de abrir una nueva iglesia.

Luego los Singson entrenaron gente joven para el ministerio, así que la nueva iglesia tendría líderes fuertes. Llegó el día en el que asistieron a un culto especial, con el grupo de nuevos creyentes.

“¿No es maravilloso, T.S.?”, preguntó Kim, mientras abordaban un tren rumbo a casa. “Estoy feliz de que Dios nos haya escogido a nosotros para empezar esa iglesia”.

“¿Qué tan feliz?”, preguntó T.S.

“Muy feliz”, respondió Kim. “Los líderes han estado entrenando a quienes harán la diferencia en su pueblo. Mucha gente que estaba perdida, está descubriendo el amor de Dios, en esa pequeña iglesia”. Ella miró a su esposo. “¿Por qué preguntas?”

“Bueno, fue mucho trabajo”, le recordó a ella. “Pasamos todo ese tiempo en oración y luego tuvimos que aprender el idioma. Y ¿que hay de todas esas reuniones con los líderes del pueblo?”

“Bueno, sí, pero...”

“¿No te estarás preguntando si valió la pena, T.S.? No hay nada en lo que pudiéramos invertir nuestro tiempo, que tenga más valor que esto”.

Una enorme sonrisa brotó en la cara de su esposo. “Estoy muy feliz de oírte decir eso”.

“¿Por qué?”

“Bueno”, empezó él y luego se detuvo para aclarar su garganta. “Mira, hay otro pueblo a unos 50 kilómetros al norte. Recién me enteré que ellos no tienen una iglesia y...”

“¡T.S.!", exclamó Kim.

“¿Qué?”, preguntó él con una mirada inocente en su cara. “Tú misma lo dijiste...”

Y así comenzaron. T.S. y Kim se enteraban sobre áreas con necesidad de una iglesia. Oraban y

ayunaban, luego estudiaban y aprendían el idioma del área. Una vez que pudieran comunicarse, ellos lograban conocer a los líderes locales y se ganaban su confianza. Finalmente, plantaban la iglesia y entrenaban líderes que pudieran ayudar a los nuevos cristianos a crecer en su fe. Una vez que la iglesia estaba establecida, ellos se iban a otro pueblo.

De esta manera, los Singson plantaron 38 nuevas iglesias en isiete años! Estuvieron siempre ocupados, pero muy felices.

Frecuentemente, T.S. decía: “Somos la pareja más afortunada del mundo”.

Kim le susurraba: “Estoy de acuerdo”.

Pero sus vidas cambiarían para siempre. Kim no sabía que la dificultad más grande de su vida estaba por venir.



Siguiendo a los ángeles

T.S. estaba afuera del pueblo atendiendo unas reuniones cuando Kim recibió una mala noticia. ¡Él había sido llevado a un hospital para una operación de emergencia! Ella odió estar lejos cuando él la necesitaba. Pero pronto regresó a casa, luciendo tan saludable como siempre. Él continuó con el ministerio y Kim se relajó. Lo peor parecía haber pasado.

Pero un mes después, el doctor de la familia llamó. “Dile a T.S. que venga inmediatamente”, dijo. “Es muy importante”.

Kim fue con su esposo y difícilmente podrían creer la horrible noticia. “Tú tienes cáncer”, declaró el doctor. “Ya se extendió por todo el cuerpo. Lo siento T.S. pero no hay nada que podamos hacer por ti”.

Kim alcanzó la mano de su esposo y dejó que las lágrimas corrieran sobre sus mejías.

Justo después, otro doctor entró en la oficina. “Espera”, dijo. “No te rindas tan fácilmente. Si estás dispuesto a someterte a otra operación, yo la efectuaré. No hago promesas, pero puede ser que podamos salvar tu vida”.

T.S. miró a Kim, luego al segundo doctor. “Por supuesto”, respondió. “Lo que sea que puedan hacer”.

T.S. se hizo la operación y empezó el tratamiento. Lo más importante fue que la gente oró. Los líderes de la iglesia en toda la India oraron para que T.S. fuera sanado. Los nuevos cristianos, que habían sido

alcanzados por medio del ministerio de los Singson, oraron por él. Y su familia oró.

Kim oró fervientemente. Ella recordó la historia de su abuelo sobre la forma en que Dios la sanó cuando era bebé. Ella recordó a sus padres y el milagro que Dios realizó sanándolos.

“Tú puedes sanar a T.S.”, oró ella. “Tengo fe en ti, Dios. Confío en ti”.

¡T.S. empezó a mejorar! Él todavía continuaba en el ministerio. Kim servía a su lado, agradecida por estar juntos cada día. Todos oraron a Dios por el milagro.

Sin embargo, pronto, T.S. enfermó otra vez. Tuvo que regresar al hospital. Poniéndose peor cada día. Él cayó en cama, imposibilitado de hablar o abrir sus ojos.

Esta vez, cuando el doctor dijo que no había nada que ellos pudieran hacer, todos los doctores y enfermeras estaban de acuerdo: Ni operaciones ni tratamientos podrían salvar a T.S.

Todavía Kim tenía fe. Ningún doctor fue capaz de ayudarla cuando estuvo enferma recién nacida. Ningún doctor sanó a sus padres. Ella sabía que Dios podía hacer lo que los doctores no podían. Ella seguía confiando en que Dios sanaría a T.S. Pero mientras ella estaba sentada en el hospital, sosteniendo la mano de su esposo, recordó las palabras de su querido abuelo. “¿Confías en Dios, pase lo que pase?”

¿Podría? ¿Podría ella continuar teniendo fe en Dios aún si T.S. moría? Otra encrucijada.

Kim miró alrededor de la habitación. Observó las sábanas blancas y las barras de metal brillante de la cama en la cual T.S. estaba. No eran nada comparado a la suave sábana sobre la cama de madera en la que dormía cuando era una niña. El frío azulejo del

piso era duro y plano comparado con la colorida alfombra que siempre estaba cubriendo el piso de su habitación. A su alrededor las máquinas emitieron una señal sonora y brillaron. La habitación no podría haber sido más diferente del lugar donde ella frecuentemente se arrodillaba a orar cuando era niña. Sin embargo, su corazón era el mismo.

Ella se encorvó en el piso duro, al lado de la cama del hospital, y empezó a orar. “Tú sabes qué es lo mejor para mí, Dios, y qué es lo mejor para T.S. Yo sé que tú puedes sanarlo. Pero aún si tú no...” Kim se detuvo a limpiar sus lágrimas. “Aún si tú no, yo nunca estaré sola. Siempre seré tu niña. Elijo confiar en ti, Dios, no importa lo que pase”.

Ella oyó un sonido que venía de la cama. Su corazón brincó dentro de ella. Se paró rápidamente, llena de esperanza. Ella se inclinó y puso su oído cerca de la boca de su esposo. Ella podía oírlo zumbando su canción favorita de la iglesia. Luego, ¡habló! Sus ojos estaban cerrados pero él dijo, “¡qué bonito y agradable lugar! ¡Mucho más sorprendente de lo que haya sido dicho!”

Las lágrimas de Kim cayeron libremente, ahora, ella no se preocupó de secarlas. Ella supo que su dulce esposo estaba viendo el cielo. A través de sus lágrimas, ella observó como T.S. lentamente levantó su mano y señaló hacia arriba. Una sonrisa cubrió su rostro mientras decía, “¡Jesús, el sanador!”

“¡Sí!”, exclamó Kim. Ella se dio cuenta que el sería sanado después de todo, en el cielo. Kim se acercó a T.S. y le susurró: “Tú nos amas mucho y nosotros te amamos mucho. Pero Dios está enviando a sus ángeles ¡para llevarte! ¡Síguelos con gozo!” Y él murió.



Rodeada

Kim honró su promesa a Dios. Continuó sirviendo fervientemente después de que T.S. se fue a su hogar en el cielo. Pero ella enfrentó muchos nuevos retos. Fue difícil viajar sola a diferentes pueblos y ciudades. No había otra mujer soltera en el liderazgo que pudiera viajar con ella.

Algunas veces, Kim afrontó verdaderos peligros. Una vez, hubo una pelea entre el gobierno y la gente. Kim viajó a través de bombas, fuegos y disparos para atender una reunión en otra ciudad. Los ángeles de Dios la protegieron y ella llegó sana y salva.

Kim también descubrió que mucha gente creía que una mujer no podía tener una posición de liderazgo. Esa gente frecuentemente hacía su trabajo más difícil. Aún así, ella siguió.

Lo que más extrañaba, era compartir las alegrías y aflicciones de la vida con T.S. Pero Kim descubrió que así como ella cumplió su promesa a Dios, Dios también cumplió la suya. Él nunca la dejó y le dio la fuerza y coraje para seguir.

Kim sirvió a Dios de muchas maneras. Ella continuó enseñando, predicando y por supuesto, escribiendo y traduciendo. Todos la conocen ahora como la Rvda. Kim Singson. Ella pasó mucho tiempo viajando, y bromeaba diciendo que se sentía como una invitada en su propio hogar.

Una noche, después de un viaje muy largo, se metió en la cama lista para descansar. En algún momento

de la noche sus ojos se abrieron repentinamente. Algo la asustó. ¿Un ruido? Sí. Estaba segura de que había escuchado algo inusual.

Sus ojos cafés miraron rápidamente alrededor del oscuro dormitorio. “Debe ser muy tarde”, pensó, esforzándose para ver. Todo parecía estar bien, pero todavía algo no la dejaba estar bien.

Ella volteó y se estiró en la cama, ansiando el consuelo de su fuerte esposo. Por años, rápidamente él tomaba su mano o decía las palabras correctas cuando algo estaba mal.

Pero su lado de la cama estaba vacío. “Por supuesto”, ella susurró. “T.S. está en el cielo ahora”. Kim lloró de nuevo. Después de 20 años de matrimonio, era difícil acostumbrarse a estar sola.

Kim estaba ahora completamente despierta y sabía que estaba sola en una casa oscura, con extraños ruidos en la noche.

“No seas tonta”, se regañó a sí misma. “Eres una mujer fuerte. Tú trabajas con la iglesia y con líderes del gobierno todos los días y conoces personalmente al Dios del universo. No necesitas tener miedo cuando el viento golpea una rama contra la ventana”.

Sí, eso debe haber hecho el ruido, sólo una rama del árbol. Recientemente ella había notado que los bordes estaban cerca de la casa. Pronto tendría que podarlos.

Satisfecha, puso la cabeza en su afelpada almohada. Estaba lista para un buen y merecido descanso. Hoy, como todos los días, ella había dado todo de sí para expandir las buenas nuevas de Jesucristo.

Ella cerró sus párpados y pensó en las maneras en las que Dios había sido fiel. Ella amaba ministrar

con T.S. Cuando él murió, había sido difícil imaginar continuar sin él. Sin embargo, Dios la había fortalecido y se mantuvo trabajando a través de ella.

Sí, mañana sería otro día ocupado. Ella necesitaba dormir.

¡CRASHHHH!

Otra vez el ruido. Justo del lado de afuera de su ventana.

“Esa no fue la rama del árbol movida por el viento”, pensó Kim. “Puede ser que alguien haya pisado una rama caída. Pero ¿quién? Nadie debería estar caminando tan cerca de su casa a media noche. A menos que... a menos que sea Spotty”. Ella se reía al imaginarse al enorme perro del vecino persiguiendo a un gato callejero.

“Y por estar pensando una cosa tan simple, estoy perdiendo sueño”, murmuró con una sonrisa. “El vecino se reirá de mi idea mañana”, cuando... ¡CRASHHHH! Esta vez el ruido fue más fuerte y cercano.

“Está bien. Lo enfrentaré”, pensó. “Miraré hacia afuera y veré la rama, perro o lo que sea que está haciendo todo ese ruido. Luego seré capaz de sacarlo de mi mente de una vez por todas”.

Con un suspiro, tiró las sábanas y caminó hacia la ventana del dormitorio. Mientras ella corría la gruesa cortina roja para un lado, se le corto la respiración.

Afuera de su ventana vio la oscura sombra con la forma de hombre, un hombre con una pistola.

Kim dejó caer la cortina y se quitó de la ventana. Por un momento, ella entró en pánico. Ya no se sentía como una mujer fuerte. Se sintió sola y con miedo. Ella se movió lentamente por la casa, pensando

que sería capaz de salirse por la puerta del frente y escapar. “¿Qué es lo que quiere? Se preguntaba. “¿Estará planeando robarme?”

Muchas de las cosas que Kim tenía, le importaban sólo por los recuerdos que representaban. No había nada de valor. ¿Y dinero? El pensamiento la hizo reír. Ver el trabajo de Dios en la vida de las personas, significaba más para ella que las cosas de fantasía que el dinero pudiera comprar.

Ya que no había mucho que robar en su casa, ella esperó que el ladrón no se enojara. Eso podría ser malo. Ella decidió que él podría tener lo que quisiera, si se iba y la dejaba en paz.

Justo entonces, ella creyó ver un movimiento afuera de la ventana de la sala. Se tiró al piso y se arrastró más cerca. Otro hombre icon una pistola! Su corazón se derrumbó. Había oído sobre los terroristas. Estos hombres atemorizaban a la gente para que hicieran lo que ellos querían. Ella se arrastró hacia la ventana de la cocina y miró hacia afuera. Justo como ella temía, otro hombre, otro con pistola. Su casa parecía estar rodeada.

Estos hombres no parecían del todo ladrones. Puede ser que ellos hubieran venido para perseguirla por su fe en Jesucristo. En India, menos de cinco personas de cada 100, son cristianas. Perseguir cristianos no es raro, Kim sabía de muchos que habían sido tratados injustamente y que habían sufrido por su fe.

¿Qué podrían hacer estos hombres? ¿Querrían ahuyentarla para que se fuera de su casa, de su pueblo? O ¿querrían que ella renunciara a su fe? Ella soportaría cualquier tortura, pero nunca renunciaría a



Jesucristo como su Salvador. Jesús la había ayudado en cada momento difícil que ella había tenido.

¡Por supuesto! Después de todo, ella no estaba sola en la casa. Jesús estaba con ella. Él había estado con ella en cada encrucijada y no la dejaría ahora.

Ella le gritó a Él.

“Jesús”, oró en voz alta. “Hay hombres rodeando mi casa. No sé que quieren, pero sé lo que ellos necesitan. Ellos te necesitan, Jesús”.

Ella observó la sombra con forma de un hombre que se movía cerca de la ventana, y se preguntó que iba a hacer.

Amar a nuestros enemigos

Kim vio la luz de la luna reflejada en la pistola que tenía en su mano el terrorista.

“¿Estás loca?”, gritó él. “¿Con quién estás hablando?”

“Le estoy hablando a Dios”, respondió Kim. Mientras hablaba, ella sintió amor por estos hombres, un amor que llenaba su corazón. Ella no los conocía. Sólo sabía que ellos pretendían hacerle daño. Pero ella sintió hacia ellos lo mismo que sentía por sus propios hijos. Tuvo que ser el Espíritu de Dios obrando en ella. ¿Cómo más podría sentir ella amor hacia la gente que había venido para robarle o atacarla?

Una risa diabólica desde afuera interrumpió sus pensamientos. “Hablas como si tú y Dios fueran amigos”.

“Lo somos”, dijo Kim. “Y le estoy pidiendo que te ayude, hijo”, continuó.

Otra voz profunda sonó. “¿Por qué orarías por nosotros?”

“Porque me preocupo por ti”, respondió Kim. “Sé que Dios te ama y Él tiene un mejor plan para ti que este”. Ella caminó valientemente hacia la puerta de enfrente y la abrió. “¿Por qué no entran? Todos ustedes. Estarán más cómodos adentro y podremos oírnos mejor”.

“No entiendes ¿o sí?”, preguntó el segundo hombre, mientras se aproximaba a la puerta. El se miraba

confundido. “Nosotros somos, nosotros somos tus enemigos, imujer!”

Kim sonrió y le señaló que entrara. “La Biblia me dice que sea amable con mis enemigos y que haga el bien a aquellos que me persiguen”, respondió. Ella le dio gentilmente una palmada a cada uno de los hombres en su espalda, mientras uno por uno entraban a su sala. Luego ella elevó su voz para orar otra vez. “¡Ay, Dios, ten piedad de estos hombres!”

El hombre más bajo, con una pequeña y espesa barba y ojos como dardos, la interrumpió. “¿Sabes quiénes somos?” Nosotros no merecemos la piedad de Dios”.

“Ninguno merece la piedad de Dios, hijo”, contestó Kim. “Yo no la merecía, pero Él me la dio. Él me perdonó por cada cosa equivocada que yo había hecho. Él te perdonará a ti también, si se lo pides”.

El hombre más alto del grupo, cayó al piso. Por un momento, Kim se preguntó si él habría sido lastimado por uno de los otros. Luego, se dio cuenta que él estaba arrodillándose para orar. Él estaba impresionado de cómo el Espíritu de Dios lo convenció.

“Nadie había orado por mí”, dijo. “Nadie me había mostrado la bondad como tú me la estás mostrando ahora. Por favor, Madre, perdóname por lo que he hecho esta noche y por lo que planeé hacer”.

Kim observó con asombro, como los otros hombres se arrodillaron al lado de su amigo. Varios de los más grandes y rudos empezaron a llorar.

“Te perdono”, dijo. “Los perdono a todos ustedes”.

“¿Y Dios?”, preguntó un hombre. “¿Tú realmente crees que Él podría perdonarnos?”

Kim pensó en la manera en que el Espíritu de Dios ya se había movido entre ellos. “Yo sé que Él puede y lo hará”.

“Entonces ora por nosotros ¿lo harás?”, preguntó otro hombre. “Estoy cansado de vivir de esta manera”.

Kim empezó a orar. Ella guió a los hombres en una oración de salvación. Ella se regocijaba mientras oía sus voces junto con la de ella. Ella terminó la oración con alabanzas a Dios, su Dios. El único que había cambiado la que podría haber sido la noche más espantosa de su vida, en un culto de oración.

Después de agradecerle por orar, los hombres salieron por la puerta en medio de la oscuridad. Kim sonrió con gozo. ¿Habían venido a perseguirla por su fe? Ahora era la fe de ellos. Alabado sea Dios, ella no tuvo que negar a su Jesús. En vez de eso, ella ayudó a los terroristas a que vinieran a conocerlo, como ella hizo.

Mientras el sol de la mañana enviaba sus suaves rayos a través de la ventana, Kim miró alrededor de su cama. Vio su aparato de sonido, su teléfono celular, su televisión. ¿Habían planeado los hombres robar estas cosas? En vez de eso, ellos habían tomado riquezas eternas: Paz con Dios, amor, gozo y la esperanza del cielo.

¡No estuvo mal el trabajo de la noche!

Muy emocionada como para dormir, Kim se sentó en su mesa y abrió su Biblia. Ella leyó Proverbios 16:7: Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, Aun a sus enemigos hace estar en paz con él. Kim sonrió mientras oraba por sus nuevos “hijos”. Ella oró para que la semilla plantada en ellos durante la noche, echara raíces y creciera.

Pocos días después, Kim se sentó a revisar sus notas en la oficina trasera de la iglesia local. Era domingo y había sido invitada para hablar a la congregación.

Repentinamente, la puerta se abrió de golpe y el superintendente de Escuela Dominical entró.

¡Reverenda Kim! Exclamó. Los nervios del pequeño hombre brincaban a flor de piel. “Alguien descubrió a un grupo de bandidos que se dirige a nuestra iglesia. ¿Qué haremos? ¿Qué haremos?”

Los latidos del corazón de Kim se aceleraron mientras se paraba y se dirigía a la entrada de la iglesia. El superintendente la siguió, ofreciéndole sugerencias y advertencias.

Kim no escuchó, sino pensó en cómo Dios había trabajado en los corazones de los hombres que llegaron a su casa. Si este grupo planeó causar problemas a los cristianos, Dios cambiaría sus corazones también.

La puerta se abrió y cinco hombres toscos entraron a la iglesia.

“Allí está ella”, dijo el hombre más alto, señalándola.

El hombre con barba asintió. “Sí. Ella es a quien buscamos”.

Kim escuchó atrás suyo, al superintendente con la respiración entrecortada.

Antes de que ella pudiera decir algo, uno de los hombres gritó: “¡Madre!”

Luego todos los terroristas avanzaron. Ellos se amontonaron alrededor de ella para estrechar su mano o darle un abrazo. “Gracias por sus oraciones la otra noche”, dijo uno. “Mi vida cambió para siempre”, agregó otro.



“¡Mis hijos!”, exclamó con orgullo. “Estoy muy feliz de que hayan venido hoy a la iglesia”. Ella se volteó y dijo con una sonrisa, “permítanme presentarles al superintendente de Escuela Dominical”.

Los “terroristas” llegaron a ser algunos de los más fieles defensores de la iglesia. Kim se reunió con los hombres frecuentemente y los instruyó en el estudio de la Biblia. Su amor por ellos creció. Ellos llegaron a ser algunos de los mejores amigos de Kim. “Mamá”, le dijeron, “cuando necesites ayuda, nosotros te ayudaremos”.

El siguiente reto de Kim vino en enero de 2007. Los líderes de la iglesia la escogieron para ser la superintendente de distrito del noreste de India. Es una muy importante y demandante posición. El superintendente tiene que supervisar muchas iglesias y ministerios. Kim podría ser la primera mujer en India en llegar a este puesto. Podría haber sido fácil para ella tener miedo y estar asustada.

“¿Qué piensas?”, preguntó una amiga de la iglesia. “¿Aceptarás la posición?”

Kim señaló el último dedo de su mano derecha, el meñique. “De los cinco dedos”, dijo, “yo frecuentemente siento que soy la menor, la más pequeña, la más sencilla. Pero cuando miro al Señor, no me desanimo. La batalla no es mía, es de Dios. Él siempre me ayudará a tratar con los problemas, penas y dificultades. Él siempre ha estado guiándome. Yo sé que Él continuará dirigiéndome”.

Sí, pensó Kim, la mano de Dios había estado siempre con ella. En el milagro de su sanidad, la de sus padres y en su maravilloso matrimonio. Ella confió en Dios y Dios la bendijo. Aún cuando T.S. se

fue a su hogar, el cielo, y ella tuvo que continuar en el ministerio sola. Dios nunca la dejó. Vez tras vez, mientras Kim puso su vida enteramente en sus manos, Dios trabajó a través de ella.

Kim sabía que algunas personas podrían ver una vida como la suya y pensar, “ella ha hecho suficiente, es tiempo de descansar, dejarle el trabajo a otros”. Pero si es verdad que había mucho que ver hacia atrás, Kim no pudo evitar ver hacia adelante. Ella pensó en el distrito noreste de India. Muchas de las iglesias que ella dirigiría y guiaría como superintendente de distrito, fueron iglesias que ella y T.S. habían plantado. ¡Como deseo verlos crecer e iniciar más iglesias! Como deseó ella ver a los líderes de la iglesia fortalecidos y el surgir nuevos líderes.

Ella tenía fe en que Dios podría hacer que esto pasara. Esto hizo posible que ella aceptara el cargo. El servicio en el cual la Rvda. Kim Singson fue instituida oficialmente como superintendente del distrito noreste de India, fue un tiempo especial para ella.

En vez de sentir nervios o miedo, Kim tenía lágrimas de alegría en sus ojos. Ella le dijo a una amiga, “me siento como un polluelo que acaba de salir del cascarón, como una bebé que acaba de nacer”. Mientras Kim veía hacia el futuro con emoción, ella se regocijó. “Dios me ha bendecido con más trabajo. Continuaré sirviéndole, sin importar lo que pase”.